



# HOMENAJE

Á

## Concepción Arenal

La Reunión Recreativa é Instructiva de Artesanos se honra tributando homenaje de admiración á la insigne pensadora, autoridad universal en la ciencia penitenciaria, la inmortal gallega Concepción Arenal.

El Presidente,  
M. CASÁS FERNÁNDEZ.

### ¿Qué es el dolor?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una acción culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre alivemos su dolor, consolamos su miseria espiritual y corporal, si antes no formamos una idea exacta de nuestra posición respectiva; si no llevamos una humildad y una tolerancia sentida y razonada; si no podemos responder con exactitud á estas tres preguntas: ¿Qué es el dolor? ¿Que es el pobre? ¿Qué somos nosotros? Si damos á cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella, entraremos á visitar al pobre en tal situación de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste; que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansión de delicias, hallaremos un pueblo de monstruos repugnantes. El que no recibe más que impresiones gratas, se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegación, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos días de prueba; el amor que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroísmo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grave dolor como su raíz necesaria.

Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya sombra es mortal. El que no recibe más que sensaciones gratas, no sabe pensar ni sentir: no comprende ni padece, ni ama; no es hombre. Su ser moral carece de un elemento esencialísimo, y, despreciable y despreciado, arrastra una vida perjudicial para sí é inútil para los otros.

Hastiado y egoísta, busca el placer como la mariposa la luz en que perece: va apurando una tras otra la copa de todos los deleites y leyendo

en el fondo de cada una: vacío, degradación, ruina. La miserable naturaleza humana no soporta impunemente la dicha sin contratiempo: el bien sin mezcla de mal, que no corrompa y degrade, no es la felicidad de la tierra, es la bienaventuranza del cielo.

No llevemos, pues, enfrente del dolor una impaciencia hostil, ni la idea de combatirlo, sino la de consolarle, utilizándole para la perfección moral de quien le sufre y de quien le consuela.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

El dolor espiritualiza al hombre más grosero, torna grave al más pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.

El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.

El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar, que Dios nos envía para la perfección del hombre; como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupción humana.

Pero ¿cómo esta corrupción es tan grande, si el remedio se vé por todas partes con profusión lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasión, en vez de moralizar, deprava; y no es un elemento de moralidad sino á condición de ser compadecido y consolado. Hijo mísero de la tierra, sólo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasión, que caen como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y afligida.

Hemos dicho que en el fondo de todo lo que nos admira y conmueve, hay siempre un gran dolor; ahora debemos añadir que el dolor, origen de las más grandes virtudes, suele serlo también de los más horribles crímenes. ¿Cómo así? Porque le abandonamos á sí mismo, porque le depravamos en el aislamiento, porque le endurecemos con nuestro egoísmo, porque le irritamos con nuestra alegría, y habiéndole recibido de Dios como un medio de perfección, con manos sacrílegas le convertimos en un instrumento de muerte.

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna, ó probados por la providencia. Al uno, desde niño se le trató con dureza; nunca tuvo una mano que enjugase su llanto, un corazón que fuera el eco de sus penas, una inteligencia que despertara la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril: ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluído por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado; no hay en él ni gratitud ni compasión. Si queréis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema. El otro tuvo quien le compadeciera y le exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto padece, parece no estar en ella sino para dar un sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos, y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.

Estas dos criaturas tan diferentes habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo del uno un

monstruo; el dolor compadecido hizo un ángel del otro. Sin duda que el hombre puede y debe ser bueno en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil, fuerte la propensión al mal, y gravísima nuestra responsabilidad si, pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales, que no pueda salvar su virtud sin heroísmo.

Penetrados de estas verdades, tengamos á la vista del dolor una compasión resignada, que nos aparte de la dureza y de la impaciencia. Miremos las desgracias como otros tantos medios de perfección para el que las sufre y para el que las consuela; pensemos con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado; repitémonos una y mil veces que el dolor compadecido, purifica, y abandonado, deprava.

### Cartas á los delincuentes

I

Hermanos míos: Sin duda os sorprenderá que os dé este nombre una persona que no pertenece á vuestra familia y á quien no conocéis siquiera, ó porque no la habéis visto nunca, ó porque la mirásteis pasar sin notarla, como tantas otras que á vuestro parecer llegan á la prisión por curiosidad para entretenerse un rato, ó por fórmula y para poder decir oficialmente que han estado. Entre otros desdichados hábitos, tenéis el de juzgar mal y no pensar bien. ¡Cuántas veces os equivocaréis, y cuantas personas que acompañáis con sarcasmos ó burlas salen conmovidas de tanto infortunio, y más impresionadas de vuestros dolores que de vuestros delitos; os compadecen desde el fondo de su alma, y buscan y quieren hallar algún medio de hacerlos mejores y menos desdichados! Personas hay que en sus regocijos recuerdan el ruido de vuestras cadenas; que en su libertad ven las paredes que os encierran; que en la santa complacencia de hacer una buena obra piensan en vuestros remordimientos; que en sus oraciones creen escuchar vuestras blasfemias, y lloran la miseria de vuestro cuerpo y de vuestra alma, y piden por vosotros á la sociedad que ofendísteis, al Dios que habéis olvidado.

Tal vez no creáis que existen criaturas que en la prosperidad se acuerdan del infortunio, y amparadas por la ley y honradas por la opinión, quieran tender una mano amiga á los que la ley condena y la opinión rechaza. Vosotros negáis á veces el bien, creyendo hallar así la mejor excusa de no haberle practicado; vociferáis blasfemias y obscenidades, como los que, disputando sin razón, quieren suplir con el estrépito la justicia que les falta. Pretendéis sofocar la voz de vuestra conciencia abrumándola con nuevas faltas, á la manera del que trata de ahogar sus penas en el vino, sin ver que de la embriaguez del crimen se despierta en la miseria, en la vergüenza, en el oprobio, en la prisión, en el cadalso, en la tumba, en la eternidad, á cuyas puertas se estremecen los valientes, porque oyen una voz de trueno, una voz terrible, una voz que no pueden sofocar como sofocaron la de su conciencia, y que les grita: — ¡Cadáver! ¡ven á dar cuenta de tu vida, y tiembla ante la justicia del Dios que has ofendido!

Pero la muerte está muy lejos de vuestro pensamiento, y si la llamáis alguna vez desesperados, es como el término de vuestros infortunios y no como el principio de una vida que no terminará: vosotros queréis gozar de ésta, y aceptando el presente, compuesto de placeres groseros y grandes sufrimientos, del olvido de los deberes y del recuerdo de las maldades de la desesperación y de la esperanza, formáis proyectos para el por-



venir, pensáis en evadiros de vuestra prisión, ó en salir legalmente de ella, y en vuestros varios propósitos no entra muchas veces el firme de enmendaros.

## Los chicos de la calle

Hambrientos, ven manjares delicados y golosinas que devoran con los ojos al través del cristal; descalzos y desnudos, ven botas primorosas y vestidos lujosos y telas ricas y pieles; como nada de cuanto ven es para ellos, se inclinan á creer que tampoco lo serán las reglas de bien obrar, de equidad y de honor, que sin duda para su uso exclusivo establecen los que visten y calzan y beben y comen todas aquellas cosas que ellos sólo pueden envidiar. Sobre lo tirano de este prevalecer se va tejiendo la vida del chico de la calle, que falta á la escuela, que juega á la baraja, que dice desvergüenzas y obscenidades, que fuma sin gusto y blasfema sin piedad por hacer de hombre, que insulta y apedrea, que es instrumento de malvados y aprende á serlo en el garito, en la taberna, en la casa infame y en la cárcel, donde entra por leve falta y sale capaz de cometer grave delito.

\* \* \*

El niño del miserable, apenas nace, se siente mortificado por las necesidades materiales no satisfechas; tiene hambre, tiene frío, y las más veces se encuentra en soledad y abandono... Allí donde el pan escasea, donde el bienestar no se conoce, hay más lágrimas y blasfemias que caricias y palabras de consuelo; y allí crecen esos niños, cuya vista inspira el dolor profundo que J. Janin ha expresado de una manera tan conmovedora, diciendo que al contemplarles ocurre la idea de que no se han reído nunca.

## El derecho de gentes

La guerra, en medio de su omnipotencia mecánica, tiene debilidades que no puede disimular, y aparece á la vez insolente y vergonzante. ¿No afirman los que la declaran que se hace entre Estados y no entre individuos, que no se hace á los ciudadanos de una nación sino á sus soldados? El Estado parece que es una cosa independiente de la patria, una especie de dragón erizado de puntas de hierro, vomitando llamas, y choca con otro monstruo que, como él, está fuera de la humanidad. Todo esto es contradictorio y absurdo; pero con frecuencia, al ir del error á la verdad, se pasa por la contradicción, y parece como que no hay quien se atreva á decir ya que la guerra se hace entre hombres.

Pero en esta frase de que la guerra se hace entre Estados, ¿no hay más que una contradicción y un absurdo? Queriendo, ó sin quererlo, ¿no significa que esas masas que lleva á la batalla no son la conciencia, la inteligencia, el interés de la nación? Esa especie de divorcio mental entre los ciudadanos y los soldados, ¿no significa que los que piensan y trabajan son hombres de paz? Aumentando el número de los trabajadores y de los pensadores, la paz se perpetuará, y así como ya no hay guerra de religión, no las habrá de ambición loca, de vanidad ridícula, de cálculo errado. Estudiando bien la cuestión, es evidente que llegará ese día, y aun podrá llegar antes de lo que las apariencias indican.

## El visitador del preso

«Cuando el visitador de un preso hace esta reflexión: «Voy á ver á un hombre, al cual me parecería si Dios me hubiese dejado de su mano», tiene el programa más completo de su misión, y no le faltarán palabras de esas que llegan al alma.»

Esto, que decía César Pratesi al Congreso penitenciario internacional de Estocolmo, contiene la lección más profunda que puede recibir el visitador que las necesite. La modestia, la verdadera modestia sentida y razonada, es cualidad indispensable; sin ella, la soberbia y la altanería, aunque no sean insolentes, aunque no sean francas, aunque estén contenidas y ocultas al parecer del altanero, serán visibles para el ojo perspicaz del que humilla. Cuando entre dos personas una se cree superior á otra en cantidad que pudiera decirse infinita, es poco menos que imposible no revelar semejante convencimiento sin que de ello se aperciba el que le tiene.

Se dirá tal vez que no hay derecho en el delincuente para exigir que el hombre honrado le trate

como á igual: cierto; pero como la cuestión no es de derecho, ni legal, como es moral y afectiva, como se trata de influir para el bien en lo íntimo, de penetrar en un alma que á veces es un abismo, de conmover un corazón que han contribuido acaso á empedernir las altanerías oficiales y mundanas, no se llegará á él marcando diferencias, sino procurando borrarlas: no es el caballero que como un rey desciende de su trono, es el hombre que compadece, y sin esfuerzo, no se pone, se encuentra al lado de otro hombre que sufre.

## ¿Qué es la pena?

La pena debe llevar en sí los medios de corregir al que castiga ó por lo menos de no hacerle peor de lo que es.—Esta condición de la pena es esencialísima, porque siendo la perfección el principal objeto de la vida del hombre, no se concibe culpa ni atentado mayor que ponerle en situación de que rebaje en lugar de levantar su nivel moral, y que en vez de perfeccionarse se deprave. Crimen de lesa humanidad comete la sociedad que directa é indefectiblemente deprava y endurece al hombre á quien pena; no hay crueldad material comparable á este atentado contra el alma. Si se supiera bien lo que se quiere decir cuando se dice: «los penados salen de los presidios, los presos de las cárceles mucho peores que entran»; si se comprendiera hasta qué punto falta á la justicia la sociedad que en su nombre pervierte á los que pena, se levantaría un clamor unánime contra toda pena perjudicial á la moralidad del penado; la conciencia pública lanzaría su anatema contra infracción tan grave de la ley moral, y preferiría la impunidad absoluta á la pena corruptora.

Es verdaderamente incomprensible cómo en este punto la sociedad española desconoce el deber, ó cómo, comprendiéndole, le pisa. ¿Con qué derecho castiga á los envenenadores del cuerpo, ella que sostiene y dirige establecimientos en cuyo frontispicio puede con verdad escribirse: «Aquí se envenena el alma»?

## Cartas á un obrero

Peligros de recurrir á la fuerza—No se resuelven por medio de ella las cuestiones, y menos las económicas.

Apreciable Juan: Te he oído afirmar como verdades tantos y tan graves errores económicos, que no puedo ni creo que debo resistir al deseo de rectificarlos. Para que tu me oyeras sin prevención, quisiera que te persuadieras de que te hablo con amor, de que me duelen tus dolores, y de que no soy de los que se apresuran á calificar tus males de inevitables, por evitarse el trabajo de buscarles remedio. A este propósito voy á repetirte lo que te dije en otra ocasión (I), porque tengo fundados motivos para creer que no lo has oído.

«Te engañan, pobre pueblo; te extravían, te pierden. Derraman sobre tí la adulación, el error y la mentira, y cada gota de esta lluvia infernal hace brotar una mala pasión, ó corroe un sano principio. Cuando, impulsado por el huracán de tus iras, te lanzas sin brújula á un mar tempestuoso que desconoces, en lugar de las armonías que te ofrecían, oyes la voz del trueno, y á la luz del rayo ves los escollos y los abismos en que se han trocado aquellas deliciosas mansiones que te ofrecían y vislumbrabas en sueños.

»Han acostumbrado tus oídos á palabras falaces, y acaso no escuches las verdades que voy á decirte, porque te parecen amargas; pero, créeme: cuando la verdad parece amarga, es que el alma está enferma, como lo está el cuerpo si le repugnan los alimentos que deben nutrirle. Yo no he calumniado á los que aborreces; no he lisonjeado tus pasiones; no he aplaudido tus extravíos; pero te amo y te compadezco siempre, y si no te he dado ostentosamente la mano en la plaza pública, la he colocado sobre la frente de tus hijos, que la inclinaban humillados en la prisión, ó la dejaban caer en la dura almohada del hospital. Mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amigo de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; mi corazón está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas.... Aunque mis palabras te parezcan duras, espero que dirás en tu corazón: —Esa es la voz de un amigo.»

(I) A los vencedores y á los vencidos, opúsculo publicado después de la insurrección republicana el año de 1869.

Si esto dices, dirás verdad, y escucharás sin prevención, que es todo lo que necesito.

Esta mi primera carta va encaminada á disuadirte de recurrir á la violencia, y á probarte cuánto te equivocas creyendo que puedes promover trastornos y tomar parte en rebeliones, sin perjuicio tuyo, porque no tienes nada que perder.

Si alguna vez te enseñan historia, Juan, historia verdadera, y no la desfigurada para que se encajone en un sistema ó le sirva de apoyo, entonces verás que la violencia no ha destruido una sola idea fecunda, ni planteado ninguna irrealizable. Y esto sin saber historia puedes comprenderlo, porque ya se te alcanza que la violencia no puede hacer milagros, y sería uno que la fuerza aniquilase una verdad ó diera vida á un error. Está por escribir un libro muy útil, que se llamará cuando se escriba: *La debilidad de la fuerza*.

## Cartas á un señor

I

Si no tenemos escrúpulo de que los ricos abusen de las verdades que decimos á los pobres, ¿por qué hemos de temer que éstos conviertan las que dirigimos á las clases acomodadas en armas de combate? La plebe, se dirá, recurre á la violencia, y ¿recurre ella sólo? Todas las clases, todos los partidos, ¿no apelan á la fuerza para sobreponerse á la ley? La violencia, es criminal, es abominable, pero todos se manchan con ella, y si hay algún medio eficaz de combatirla, es diciendo la verdad é invocando la justicia.

Además en esta hora urge mucho que las clases acomodadas comprendan sus deberes y los cumplan y no desoigan el aviso que la Providencia les ha dado. Mal les sirve el que les haga creer que el peligro pasó, que el pequeño amago es el gran golpe, y que la tempestad ha desencadenado todos sus huracanes. Hemos visto desórdenes y crímenes, con dolor de que fuesen tantos, con asombro de que no fueran más. ¿Cómo no ha sido mayor el choque de las masas abandonadas á sus iras, á su descreimiento, á sus errores? Todavía el virus no había penetrado en toda la sustancia; todavía no se habían extinguido todas las voces de la conciencia, ni estaban rotos todos los frenos del deber ni todos los lazos del amor; pero no nos durmamos sobre el abismo; si el volcán no nos ha sepultado, si no hubo gran erupción, en las pequeñas corrientes pudimos apreciar la temperatura de la lava, y ¡ay del día en que corra en mayor cantidad, día inevitable, si no apartamos las materias de que se forma!

Alejémonos de la arena política, donde suelen soñarse peligros y seguridades; prescindamos de tal suceso que inspira temor, y de tal otro que da confianza; dejemos las superficies movilizadas y reflejadoras, engañosas de todo lo que por encima pasa, y penetremos en el fondo de la sociedad. ¿Ha desaparecido alguna de las causas que la conmovieron? ¿Hoy como ayer, el pueblo no es ignorante? ¿Hoy como ayer, los hombres sin amor de Dios, sin fe en Él, sin esperanza en otra vida, no se arrojan sobre ésta y quieren devorarla como una presa que se les disputa? ¿Hoy como ayer, el materialismo, impío en las clases elevadas, brutal en el pueblo, no le impulsa á los placeres de los sentidos, únicos que comprende su espíritu irreligioso y poco cultivado? ¿Hoy como ayer, la desigualdad de goces no está en pugna perenne con la igualdad de derechos, no establece un desacuerdo que tiene que convertirse en hostilidad? ¿Hoy como ayer, la miseria no da un mentís doloroso á los progresos de la civilización, y horribles consejos á sus víctimas? ¿Hoy como ayer, no es, además de una virtud, una necesidad social la resignación, imposible para los que sufren mucho y no creen nada? ¿Hoy como ayer, no hay fanáticos que arrastran ilusos; ambiciosos que explotan ignorantes; manos, en fin, prontas á poner fuego á tanto combustible acumulado por la pasión, el dolor y la ignorancia? Pues si en nada han cambiado las condiciones esenciales de la sociedad, si en el fondo tiene las mismas corrientes, iguales abismos que ayer, ¿cómo suponemos que mañana no caerá en ellos, porque hoy se note en la superficie esta ó la otra apariencia tranquilizadora? Las causas subsisten, los efectos vendrán ahora, después ó luego; la sociedad no tiene asiento sólido ni idea elevada; el mundo blasfema desesperado; los individuos se suicidan, las colectividades se rebelan, y no hay que tomar las intermitencias de la enfermedad por la calma de la salud.